

Julián Ibáñez

RAPTO
TIENE NOMBRE DE MUJER



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n° 39 —
SERIE BELLÓN, 19
MADRID • MMXXVI

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS
Edición: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en solapa © BEATRIZ IBÁÑEZ MORENO
Ilustración de cubierta © Breakermaximus (con licencia de Depositphotos)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.
Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: ABRIL 2026

I.S.B.N: 979-13-87751-17-3
Depósito legal: M-8323-2026

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Estaba limpio. Durante la noche, los billetes se convertían en pelusilla dentro de mi bolsillo, solo me quedaban un par de pavos de la colecta, una colecta que me había sabido a limosna. A Modesto no le gustaba que me presentara en la comisaría mendigando un trabajo, se suponía que yo era el sherpa que le traía a los rufianes atados de pies y manos y él tenía la responsabilidad de que mis bolsillos no estuvieran vacíos. Cuando tenía algo para él, o él para mí, nos veíamos en el Frenazo, en Berrocales, y tomábamos un par de cervezas charlando y mirando a través de la luna a los jubilados y a las marujas arrastrando el carrito. Pero había otros polis que podían tener algo para mí y por eso me encontraba allí, para que no se olvidaran de Bellón.

Rosa me hizo una seña para que me acercara. Enfilé hacia su mesa con las manos en los bolsillos como si pasara por allí. Me tendió el ABC abierto, con una sonrisa.

—El jefe.

—¿El jefe?

Rosa era la secretaria de Modesto; andaría por los cuarenta y tenía un flequillo de veinteañera, estaba casada, pero la vida no le había tratado bien porque el rey de la casa había perdido los tornillos. La otra secretaria se llamaba Clara, andaría por los treinta y estaba soltera. En el meadero se comentaba que

su culo sacaba brillo con cualquier bigote; yo no lo había intentado porque ni me sonreía, aunque no me interesaba demasiado. Aquella mañana tampoco me sonrió, pero se mordía el labio ahogando una sonrisa, una sonrisa para ella misma. Aquello debió alertarme.

El ABC estaba abierto por la página de empleos. Uno de los anuncios se hallaba rodeado por un círculo de tinta roja: «Se busca caballero para acompañar a señora durante el paseo. Tres horas en días laborables. Bien remunerado. Imprescindible buenas referencias». Luego añadía que era en Pozuelo y un número de teléfono.

No me gustó. Era un trabajo para maricas. Todavía me gustó menos si provenía de Modesto, era como si me diera la patada en el culo sin molestarse en decirme «adiós». Pero no me encajaba, de darme la patada me la daría de verdad.

—¿El jefe? —le pregunté a Rosa de nuevo.

—El jefe —me respondió sin levantar la mirada del ordenador, pero ahogando una sonrisa porque no me había quitado ojo mientras leía la oferta de empleo. En realidad todo el mundo me miraba de reojo, simulando estar muy atareados, porque todos habían leído el anuncio.

—¿Dónde está?

Levantó la mirada.

—¿El jefe? Toca peluquería.

Lo extraño era que solicitaran un tío, un caballero, lo lógico hubiese sido una mujer, una señora. Pensamientos oscuros cruzaron mi cabeza. Me detuve en lo peor. Daba igual, no me interesaba. Sonaba a broma de Modesto, aunque no tenía sentido

del humor. Iba a rechazarlo pero Rosa me tendió un papel doblado.

—Las referencias —dijo.

Lo cogí y lo metí en el bolsillo, sin leerlo.

Inicié la vuelta habitual por los despachos de la planta baja. Había poca gente, la ciudad estaba en calma, era lunes y no tocaba asesinato, tampoco entrar en un adosado por la ventana y llevarse el televisor, y era demasiado pronto para un atraco, a los rufianes les gustaba dormir, y a esa hora las cajas fuertes estaban vacías. Solo un par de polis me dedicaron media sonrisa, se habían terminado los tiempos de «campeón» o «figura». Bellón estaba muy visto, tanto como el paragüero de la entrada que no servía para nada porque nunca llovía.

El resto de la mañana lo dediqué a pasarme por el Calipso a ver si tenían algo para mí. Estaban limpiando. Zoilo no había llegado; les dije a las limpiadoras que dejaran la botella bien cerrada y enfilé hacia El Descanso. Aquí sí había trabajo, en la barra, abriendo botellines, lavando vasos y riéndoles los chistes a los parroquianos, que me pasara a eso de las siete. Me pasaría por allí pero no me gustaba el sitio, ni el dueño, pero eso me ocurría casi siempre, no me gustaba abrir botellines a camioneros cuyas aventuras en la selva eran solo una cinta de asfalto.

Era hora de tomar un bocado.

Cogí el tren porque solo me quedaban un par de billetes pequeños. Algún día las chicas, en vez de hacer una colecta, me dirían que en el banco había mucho dinero, ¿por qué no me daba una vuelta por allí con un antifaz y una cacharra en la mano? Tenía el buga pero era más saludable desgastar suela y dejar que el aire me acariciara la cara. Era en Pozuelo, en una calle que se llamaba Pintor Velázquez.

El número 34 era un edificio de cuatro plantas con muy buena pinta. Por eso me molestó sentirme optimista, a lo mejor no era lo que pensaba. Era todo blanco, como un merengue, con terrazas acristaladas y un jardincito muy cuidado delante de la puerta, con un cartelito para que los perros mearan en el jardín de al lado, con un banco de piedra sin respaldo que era solo un adorno. La puerta era de dos hojas, de barrotes negros con aros dorados y gruesos cristales grabados con un escudo. En la tablilla no venía el nombre de los vecinos, solo el piso y la letra, iba a pulsar el timbre del 2ºB cuando la puerta se abrió invitándome a entrar. Me encontré con unos ojos curiosos, una gorra de plato, un uniforme de botonadura plateada y unos guantes blancos. Le dije adónde iba antes de que me lo preguntara, afirmó levemente con la cabeza porque le habían dado mi nombre, así que me acompañó hasta el ascensor, un guante blanco apretó el botón de llamada para que yo no tuviera que

levantar el brazo y sufriera una distensión. Llegó el ascensor, entré y sin que yo hiciera nada me llevó al segundo piso.

Llamé al timbre de la puerta B. Todo tenía muy buena pinta a mi alrededor: mis zapatos estaban sobre un felpudo color tierra con la palabra «Welcome» en negro, había una moqueta verde lechuga y cuatro paredes amarillo pálido, con apliques que debían ser de bronce con todas las bombillitas encendidas. Merecía la pena respirar aquel aire que luego salía despacito por mi nariz porque la orquesta solo acababa de iniciar la obertura.

Tardaban en abrir, la hora era la correcta: las once en punto. La otra puerta del rellano, la A, se encontraba a mi derecha. No podía evitar pensar que alguien me estaba observando por la mirilla: «¿Otro? Mira que va rápido, es una devoradora. Este no está nada mal, le quedan dos minutos».

Me disponía a apretar el botón de nuevo, cuando oí un pequeño ruido al otro lado de la puerta y al fin oí deslizar el pasador y la puerta se abrió.

Delante tenía a una señora. En silla de ruedas. Era una señora de verdad: por el atuendo, por el cabello del color del oro viejo, recogido en un moño impecable, de los de antes; por cómo sus manos descansaban sobre la manta marrón oscuro que cubría sus piernas; por cómo me miraba, medio sonriendo porque la visita no merecía que le sonrieran de verdad. Andaría por los sesenta, quién sabe. Había sido, y casi todavía lo era, una mujer guapa, mejor sería decir «una mujer bella», con un rostro bien construido, de expresión algo triste, sin coloretos, de labios finos sin pintalabios; los ojos eran grandes y oscuros, sin coincidir con el moño dorado.

—¿Señor Bellón? Le estaba esperando. Es usted muy puntual. Perdona que le reciba personalmente, pero Gladis, la doncella, ha salido a un recado.

No sabía si tenderle la zarpa y decirle que no me importaba que me abriera ella. Nunca había tratado con mujeres así, las únicas señoras que había conocido hablaban sin abrir mucho los labios para que no se les cayera el pitillo.

—Encantado —dije, me pareció que era lo que se decía en estos casos.

La seguí por un pasillo. No me había dicho que empujara la silla porque aún no me había contratado, pero se manejaba bien. La silla no tenía motor y la movía con las manos, seguramente era más fuerte de lo que aparentaba su envergadura de peso pluma. Ahora comprendía por qué necesitaba a un tío, imaginé que la criada, la doncella, era una enana.

Entramos en un salón por una doble puerta de cristal, abierta de par en par.

—Mi nombre es Olvido, puede llamarme así, o señora, como le guste. ¿Puedo llamarle Bellón?, ¿es su nombre de pila?

—Está bien Bellón.

Hizo girar la silla para tenerme de frente, me indicó uno de los sillones con la mano.

—Siéntese, por favor. ¿Puede entregarme las referencias, por favor?

Saqué el folio del bolsillo y se lo pasé. Luego me senté.

El mobiliario merecía la pena. La mesa, las sillas y los armarios eran pesados, rojizos y brillaban; la alfombra, de un azul glacial, tenía filigranas marrones y rojizas, era muy espesa

y cubría todo el salón; un mueble gigante ocupaba casi toda la pared enfrente de la puerta, tenía dos armarios donde debían guardar la cristalería fina; uno de los estantes centrales lo ocupaba la escultura de color verdoso de una cabeza humana de tamaño natural, la expresión era feroz y la cabellera dorada estaba echada hacia atrás, pero no por el viento sino por la mala leche.

Allí había dinero, pasta, no millones, pero pensé en una cuenta corriente a la que no le sobraría ni un cero.

Terminó la lectura de las referencias, dobló la carta y la dejó sobre la mesa. Giró y se acercó un poco.

—Es la carta de un policía... hubiera preferido una carta del comisario.

Hasta cierto punto comprendía la razón de que solicitara un tío, porque había que empujar la silla, pero esto lo podía hacer una mujer, la doncella, Gladis había dicho que se llamaba, la señora no pesaría mucho más de cincuenta kilos, así que no me encajaba del todo.

—Es un policía importante, casi como el comisario. Hago trabajos para él.

Creí que me iba a preguntar qué clase de trabajos hacía, pero no dijo nada. Añadí:

—De vez en cuando.

Se lo pensó, no parecía muy convencida.

—Se trata de acompañarme cuando salgo de paseo por la mañana, de diez a una. Tres horas. A un parque que no está muy lejos. Para entrar en el parque hay una rampa que ha puesto el ayuntamiento, pero es una pendiente muy inclinada,

por eso es necesario un hombre para empujar la silla. El alcalde está claro que nunca ha ido en silla de ruedas. Y a las madres con los cochecitos también les cuesta subirla...

—Comprendo.

—... Si llueve también salgo de casa. Necesito salir todos los días, para pasear y que me dé un poco el aire. Necesitará usted un traje de aguas, y botas de goma. ¿Tiene usted?

—No será problema.

—Muy bien... Cobrará... cobrará doce euros la hora, tres horas, cinco días a la semana. ¿Está bien para usted?

—Quince estaría mejor. Para redondearlo.

Se quedó mirándome.

—¿Quince?... quince es demasiado... pero podríamos probar. Probaremos un par de semanas, si le parece bien, entonces hablaremos. Quince, está bien, y hablaremos entonces.

Cuarenta y cinco pavos fijos al día, más de doscientos a la semana, solo por pasear un poco y leer el periódico. Con toda la tarde y la noche libres.

Le dije que me parecía bien. Entonces maniobró para situarse a mi derecha e iniciar una pequeña charla.

—Le haré algunas preguntas, si no le parece mal, estoy segura de que lo comprenderá. Necesito saber algo de la persona que me... que me va a hacer compañía.

—Claro.

No le pregunté si yo podía hacerle preguntas a ella.

—... Además de ayudar a la policía ¿tiene usted otro trabajo, señor Bellón... una carrera, un oficio?

—Lo que sale, como esto de ahora. Siempre sale algo.

—¿Qué tipo de cosas?, ¿a qué se refiere?

—... Yo me muevo mucho, conozco a mucha gente... Si necesitan localizar a alguien, recurren a mí.

—Es decir, usted es... ¿es confidente, confidente de la policía?

— ¿Confidente? No creo, creo que no. Soy un conocido, un amigo. Les echo una mano y ellos me la echan a mí.

Se quedó mirándome, luego levantó un poco la barbilla en señal de comprender.

—¿Tiene usted familia, señor Bellón?

—No, no tengo familia.

Se quedó mirándome de nuevo, pensativa, informándose en mi rostro cómo era un tipo sin familia.

—Está usted solo —guardó silencio durante unos segundos—. La soledad... la soledad es peor si has tenido familia.

Deduje que era viuda, quizás sin hijos. Su mirada navegó un poco. No debía tener ni un gato para hablar con él.

Se quedó mirándome de nuevo sin decir nada, dudaba. Su mirada se alejó lentamente. Habló sin mirarme:

—Yo estuve casada... hace mucho... —se produjo un silencio pero su mirada de pronto regresó—. Tendrá usted amigos, ¿tiene muchos amigos, Bellón?

—¿Amigos? Supongo que sí... Bueno, tengo conocidos, conozco a mucha gente.

Afirmó levemente y cogió el folio de nuevo, lo desdobló y le echó otro vistazo. Me miró y:

—... Alguna vez tendrá que acompañarme al banco, cada quince días —su mano derecha alisó la manta que cubría sus